

nos recuerda la pertinencia de redefinir los planteamientos relativos al despotismo ilustrado y a la crisis de nuestro antiguo Régimen. Sin olvidar, en último término, otra exigencia: la de combinar la erudición y el rigor documental con una renovación metodológica en el análisis de las ideologías políticas y culturales. ■ ANTONIO ELORZA.

Zikkurath o la antihipnosis

En España, la ciencia-ficción (que, de ahora en adelante, ruego se me permita nombrar con las siglas SF) ha sido considerada siempre como una parienta pobre de la literatura. Ni siquiera en la llamada "cultura popular" ha encontrado una ubicación adecuada; las novelas rosas, policíacas o del Oeste han acaparado el mercado de lo popular, y la SF —junto con otros dos géneros "de imaginación", el terror y lo fantástico— ha sido relegada al subespacio del "comic" barato y de mala calidad. Yo diría que esto es una consecuencia más del complot destinado al embrutecimiento total del consumidor. En efecto, y sin despreciar en absoluto los demás géneros aludidos, puede decirse que la SF tiene una virtud que a ellos les falta: la de despertar la imaginación del lector y, por lo tanto, su capacidad de crítica. La SF ha sido utilizada como vehículo de audaces críticas sociales, y como una forma parabólica de análisis de la realidad presente, mientras que los otros géneros no dejan de ser —salvo muy honrosas excepciones— simples juguetes de evasión.

La SF ha evolucionado notablemente, desde sus balbucesos en la época de Wells —a Verne, en rigor, no se le puede calificar de autor de SF, sino de novelista de aventuras que utilizó algunos de los procedimientos que luego tomaría este género— hasta nuestra década. Desde los relatos de aventuras en el espacio —la famosa "space opera"— de los años treinta, herederos de las novelas de capa y espada, atiborrados de monstruos verdes, bellas terrícolas y artilugios voladores y desintegradores, el género se ha ido decantando, depurando, hasta llegar a la "ficción especulativa" de nuestros días, de mucho más alto nivel intelectual, y que podría calificarse de "nuevo realismo". La SF actual

tiene poco que ver con los potentes cohetes que surcan "parsecs" y "parsecs" en un segundo, con las pistolas desintegradoras, con los marcianos repugnantes; su problemática parece centrarse más bien en la exploración del espacio interior, en la última realidad del hombre. De todo esto, de todo este enriquecimiento de un género, poco sabemos en nuestro país. A pesar del auge actual del género entre nosotros —Bruguera lanza la colección Nova, la revista "Nueva Dimensión" sigue haciendo lo que puede para difundir el género, las Ediciones Martínez Roca ponen en la calle clásicos de SF—, la miopía cultural de la mayor parte de los editores pone al público español en contacto solamente con formas de SF ya caducas y superadas. Por culpa de esto, el hombre de la calle sigue viendo el género fantacientífico como algo adecuado tan sólo para subnormales o para niños tontos. La mayor parte de la SF que nos venden no pasa de ser un subproducto con muchos años de antigüedad.

El fanzine "Zikkurath", dirigido por Fernando P. Fuenteamor, es —junto con la revista "Nueva Dimensión"— una esplendorosa excepción en este terreno yermo. La palabra "fanzine" designa a una publicación editada y distribuida de forma marginal, por un aficionado a la SF, que tiene solamente una circulación restringida entre los aficionados al género. La falta de ambición lucrativa de sus editores, auténticos "amateurs" en el sentido más noble del término, capaces de emprender una aventura que resulta ruinosa en la mayoría de los casos, hace que los trabajos incluidos en sus páginas resulten de mayor calidad de lo habitual. En el caso de "Zikkurath" se trata, sobre todo, de poner en contacto a los lectores de SF con las más avanzadas formas evolutivas del género. Combina la rigurosidad de selección, en lo cualitativo, con una gran amplitud de miras en cuanto al contenido de los textos. Así, el lector se encuentra con los relatos menos ortodoxos de Philip Jose Farmer —potente revulsivo formal y sexual— de Norman Spinrad, de Donald A. Wolheim y de muchos otros pioneros de la nueva ciencia-ficción. Es una revista modélica, un ejemplo que deberían seguir los aficionados a otros géneros literarios distintos, a otros medios de expresión.

El "zikkurath" o "zigurat"

era, en la antigua Mesopotamia, una construcción escalonada, de siete pisos; cada uno de ellos estaba dedicado a un planeta, a una divinidad. Este edificio ejercía una doble función, religiosa y científica: servía como lugar de culto y adoración a los dioses, y también como observatorio astronómico y astrológico. Era un estado intermedio entre la cueña por la que los chamanes ascendían al mundo de los espíritus y la astronave moderna. No se puede pensar en un nombre mejor para un fanzine de SF, cuya función principal parece ser practicar la "antihipnosis" por medio de la literatura: hacer pasar al lector, de un estado de embrutecimiento, al despertar de la facultad crítica imaginativa. ■ EDUARDO HARO IBARS.

"Zikkurath". Pedidos a Fernando P. Fuenteamor. Isidro Fernández, 6. Madrid-34.

Cuatro idiomas para un Estado

"Hable bien, sea patriota, no sea bárbaro. Es de cumplido caballero que usted hable nuestro idioma oficial, o sea, el castellano". Lo decía una octavilla distribuida en 1955. El texto, citado por Rafael Ninyoles en "Cuatro



Una ikastola.

idiomas para un Estado" (1), aludía acto seguido a la necesaria disciplina y a Cervantes para acabar con un inimitable "¡Arriba España!".

(1) Editorial Cambio 16.

Era todavía la época en que usar en lugar público un "dialecto" —al catalán, al gallego, al vasco se les negaba categoría de lenguas hechas y derechas— equivalía a exponerse a todo tipo de insultos y acusaciones de antiespañolismo. La consigna del Régimen era imponer a todo español que se preciase de tal —es decir, que se sintiese identificado con el destino de la patria, según la definición de un catecismo político de la posguerra— la lengua única de "por el Imperio hacia Dios". Para ello había que vencer poco a poco la natural resistencia de los idiomas vernáculos a ser asimilados cuando no pura y llanamente sustituidos por el idioma oficial. Era fundamental ante todo reducir el ámbito de utilización de las lenguas periféricas, desterradas de los medios de comunicación, de la Administración y, por supuesto, de las escuelas y universidades.

El caso del euskera presentaba especiales dificultades: por su alejamiento del castellano, de nada servía una política asimiladora como la practicada en Cataluña o Galicia. En el País Vasco las medidas debían ser más radicales; había que conseguir su total sustitución.

En uno y otro caso, sin embargo, se utilizaban similares argumentos para justificar la violencia ejercida sobre las lenguas periféricas. Del vasco se negaba, por ejemplo, su existencia como idioma totalmente estructurado y coherente. Se aludía a su estado de dispersión y a su primitivismo de igual manera que se negaba la idoneidad del gallego o del catalán para la filosofía o la ciencia, es decir, para todo lo que implicase un alto desarrollo conceptual.

Igualmente entraban en juego factores psicológicos, hábilmente explotados, como la identificación entre el empleo del castellano y un "status" social alto. O se fomentaba entre los inmigrantes en Cataluña, por ejemplo, oriundos en su mayoría de zonas castellanoparlantes un sentimiento irracional de hostilidad hacia la lengua vernácula que servía para compensarles de sus frustraciones como clase explotada.

Sin embargo —y es éste un dato importante a la hora de enjuiciar el fracaso final de esa política represiva—, si exceptuamos el caso de Galicia, observaremos que en España, a diferencia de lo que ocurre en otros países

multilingües—, los conflictos lingüísticos se manifiestan precisamente en las zonas más desarrolladas desde los puntos de vista económico y cultural. El alto nivel de industrialización de esas regiones y la consecuente estabilidad geográfica de su población, que no se ha visto obligada a emigrar masivamente a otros puntos del país en busca de trabajo, son factores que han trabajado a favor de la persistencia del hecho multilingüe.

España es, en efecto, como señala Ninyoles, el segundo conjunto multilingüe de Europa. Y esa realidad, en vano camuflada durante el franquismo, es la de la que parte el sociólogo valenciano para denunciar la que él llama "ideología diglósica", responsable última del mantenimiento del "statu quo" represivo en el terreno lingüístico. La diglosia supone, en efecto, un fuerte desequilibrio entre los dos idiomas que habla una comunidad. Una de las dos lenguas, en este caso la periférica, serviría para "andar por casa", mientras que la otra cumpliría funciones más elevadas. La primera se circunscribiría al ámbito coloquial, y únicamente la segunda sería considerada apta para su utilización en los medios de comunicación, en las instituciones educativas, en los ámbitos oficiales. Doble valoración que refleja únicamente prejuicios etnocéntricos y una desigual relación de fuerzas.

Para Ninyoles, esa situación de minoría de edad lingüística carece de justificación racional y no puede sostenerse por más tiempo en un sistema que aspire a ser mínimamente democrático. De ahí que el autor propugne como solución para una España pluralista la coigualdad no sólo legal, sino efectiva, de las distintas lenguas de acuerdo con fórmulas ya ensayadas en otros países y que pueden obedecer a tres criterios distintos: de personalidad, de territorialidad o mixto.

La primera fórmula —la personal— permitiría al hablante de cualquiera de las lenguas del Estado beneficiarse de toda clase de servicios públicos en su idioma materno, independientemente de su lugar de residencia. La segunda opción limitaría esos mismos derechos a aquellos territorios donde el idioma del hablante fuese mayoritario. Esta fórmula debería traducirse en el reconocimiento oficial del unilingüismo en las nacionalidades

autónomas con la obligatoriedad adicional para sus habitantes de aprender el castellano como segunda lengua. Al mismo tiempo habrían de garantizarse plenos derechos personales para las minorías castellanoparlantes establecidas en esos territorios.

Es una solución difícil a corto plazo que tropezará necesariamente con todo tipo de resistencias y que a muchos no dejará de parecer utópica desde la perspectiva actual —no olvidemos que acabamos de salir de un túnel de cuarenta años de monolingüismo oficial—, pero no cabe duda de que cualquier solución democrática y capaz de aliviar las tensiones acumuladas en todos estos años tendría que ir —con la introducción de los debidos correctivos— en esa dirección. ■ JOAQUIN RABAGO.

El discurso interrumpido de Gustavo Fabra

En su número de mayo 1967, la "Revista de Occidente" publicaba un trabajo titulado "El pensamiento vivo de Larra". Su autor era Gustavo Fabra Barreiro, ganador de la convocatoria "Homenaje a Larra", hecha por la revista entre los escritores menores de treinta años. El Jurado estaba formado por Rafael Lapeña, Manuel García-Pelayo, José Luis Sampedro y Paulino Garrgorri. Esta era la nota biográfica



G. Fabra: una promesa truncada.

de Fabra: "Nacido en Madrid, en 1944. Licenciado en Derecho. Publicista"...

Publicista fue, sobre todo, Gustavo Fabra en los ocho años siguientes, hasta que murió a finales de 1975. Y así lo prueba ahora "El discurso interrumpido", libro de casi cuatrocientas páginas (Akal editor) preparado por Mauro Armiño y que reúne una selección de los trabajos periodísticos de Fabra.

"El discurso interrumpido" es una buena muestra de las preocupaciones intelectuales de Gustavo Fabra: Larra, Valle-Inclán, Galicia, el Ateneo, la actualidad literaria española y extranjera, la teoría de la literatura, etcétera. Y es buena muestra también de un modo de entender y ejercer el oficio intelectual, que en Fabra, a la manera de los anti-

guos artesanos, se traslucía hasta en el aspecto exterior, en una cierta ponderación y mesura, en un aire como de intelectual de la Institución... Estaba muy lejano de los que se creen poseedores de la verdad, de aquellos a los que (según su frase) "la inercia y la pereza crítica proporciona larga vida y público asentimiento". Fabra estaba dispuesto a cuestionarlo todo, y el mismo acento gallego que calaba toda su habla parecía estar ya relativizando lo que decía. Porque Fabra, aunque nacido en Madrid, era gallego, y a Galicia dedicó buena parte de su producción intelectual. "Literatura gallega" (Editorial La Muralla, 1973), fue su primer libro. La muerte le sorprendió cuando estaba a punto de salir otro segundo sobre Galicia: "Los gallegos" (Istmo, 1976), dirigido por Fabra y con participación de conocidos intelectuales gallegos (Otero Pedrayo, Paz Andrade, Losada, Conde Muruais, Torres, Pena, Barreiro, Taboada, Díaz-Fierros, Iglesias, Palmás...). Por entonces publicó Nostromo su edición de "El trueno dorado", resultado de estudios e investigaciones valleinclanescos. Curiosamente, "El trueno dorado" fue también obra publicada después de la muerte de su autor: apareció en el diario "Ahora" en marzo y abril de 1936 (Valle murió el 5 de enero).

El prólogo al libro de Valle y el premiado estudio sobre Larra

Ante algo así como un "Canet andaluz"

La fecha pretendida es el 23 de abril, no porque sea aniversario de la muerte de Cervantes, sino porque es el sábado de la Feria de Sevilla, que no es el Día de la Lengua, sino el día-de-la-tortilla-en-una-caja-de-zapatos. Para esa fecha se pretende, ni más ni menos, que hacer un "Canet andaluz", o algo así, cuatro o seis horas de canción, "rock" y flamenco ante cincuenta mil personas en el estadio de Chapina, de donde el encuentro tomará el nombre: "Chapina, Sábado de Feria".

"Queremos recuperar la feria como fiesta popular, hacer del estadio como una gran caseta, con entradas muy baratas, como un primer gran encuentro de la cultura musical andaluza", dicen los organizadores, a quienes están ayudando en el montaje todos los partidos de izquierda.

Ya hace años que se está intentando en vano lograr en Andalucía algo parecido. Hace dos, cuando empezaba el rollo de la "nueva canción andaluza"; Gonzalo García Pelayo quiso meter en la Real Maestranza de Caballería durante seis horas a Lole y Manuel, Carlos Cano, Benito Moreno, la Murga de la Alameda y lo que se terciara, a ver qué salía de aquello. Pero los señores maestrantes se opusieron, como

ahora se oponen a que Blas Piñar dé allí un mitin, porque el coso del amarillo albero está sólo previsto "para la lidia y muerte de un animal".

Desde el intento de Gonzalo ha habido otros varios; que si el gobernador una vez, que si el tiempo otra, el caso es que este encuentro no ha podido nunca realizarse, ni en Sevilla, ni en Morón, ni en parte ninguna. El caso es que ahora merecería la pena este "Sábado de feria en Chapina". El cartel habla de los siguientes nombres, más los que se añadan sobre la marcha: Lole y Manuel, Manuel Gerena, Carlos Cano, Benito Moreno, José Moreno, Triana, Los Romanos de la Puebla, Miguel Ríos, José Menese... Por llevar, algunos hasta quieren llevar a los cuarenta años de Jarcha en paz...

Este es el cartel, la intención. Que haya o no haya "Canet andaluz" depende, como en anteriores ocasiones, de los permisos gubernativos. Suspendan o no el rollo, ya será indicativo. Si no lo suspenden, porque será un interesante primer encuentro de muchas formas musicales andaluzas; si lo suspenden, porque se verá que Andalucía está todavía subdesarrollada hasta en la permisividad de la reforma o en la reforma de la permisividad. ■ A. B.